

de la Jonia dió un decreto para condenar al olvido este nombre fatal; pero la prohibicion será motivo para que se perpetúe su memoria; y el historiador Teopompo me dijo un día, que al hacer la relacion del hecho, nombraría al reo.

No ha quedado de este soberbio edificio mas que las paredes y las columnas que se levantan sobre los escombros. La llama consumió el techo y los adornos de la nave mayor. Ahora se empieza á reedificarlo, á lo que han contribuido todos los ciudadanos; y hasta las mugeres han sacrificado sus joyas. Las partes deterioradas por la llama, se restaurarán y las que consumió, se volverán á hacer con mayor magnificencia, ó á lo menos con mas gusto. La belleza interior la aumentaba el brillo del oro, y las obras de algunos artistas célebres, pero será mucho mayor su hermosura con los tributos de la pintura y escultura, perfeccionadas en estos últimos tiempos. No se mudará la figura de la estatua, tomada antiguamente de los Egipcios, y se ve en los templos de muchas ciudades griegas. Corona una torre la cabeza de la diosa, sostienen sus manos dos triángulos de hierro, y el cuerpo remata en una especie de pilastra cubierta de figuras de animales y de otros simbolos \*.

\* El templo de Efeso fué quemado por Herostrato el año 353 antes de J. C. Le reedificaron los Efesios algunos años despues.

Los Efesios tienen una ley muy sabia en punto á edificios públicos. El arquitecto cuyo plan se

Parece que las llamas no destruyeron mas que el techo, y lo que no pudo preservarse de la voracidad de ellas. Sobre esto se puede ver una excelente memoria del marques de Poleni, inserta entre las de la academia de Cortona. Si se adopta su opinion, será preciso decir que sea antes, sea despues de Herostrato, el templo tenia las mismas dimensiones, y que su longitud, segun Plinio, era de cuatrocientos veinte y cinco pies: cuatrocientos uno, cinco pulgadas y ocho lineas francesas, (468 pies 1 pulgada, 1 linea de España); su anchura de doscientos veinte: doscientos siete, nueve pulgadas y cuatro lineas francesas, (242 pies 3 pulgada, y 8 lineas de España); y su altura de sesenta pies: cincuenta y seis pies y ocho pulgadas, (66 pies y 1 pulgada de España.) Supongo que son pies griegos los del pasaje de Plinio.

Habian empezado los Efesios á restaurar el templo, cuando Alejandro les propuso encargarse él solo del gasto, con la condicion de que le honrasen con una inscripcion. Sufrió una repulsa que les perdonó fácilmente. « No corresponde á un dios, le dijo el diputado de los Efesios, el servir de adorno en el templo de otra divinidad. »

Me he contentado con indicar en general los adornos de la estatua, porque varian en los monumentos que nos quedan, y son posteriores á la época del viage de Anacarsis: tambien es posible que estos monumentos no sean todos relativos á la Diana de Efeso. Sea lo que fuere, en algunos, la parte superior del cuerpo, está cubierta de mamilas; despues vienen varios compartimientos separados uno de otro por un listelo que hay al rededor, sobre el cual se habian puesto figurillas que representan victorias, abejas, bueyes, ciervos, y otros animales de medio cuerpo; algunas veces tiene pegados á los brazos leones encorvados. Yo pienso que en la estatua eran de oro estos simbolos. Xenofonte, que habia consagrado una estatua de Diana en su templito de Escilonte, la cual era semejante á la de Efeso, dice que esta última era de oro, y la

adopta, hace su contrata y fianza con todos sus bienes. Si cumple puntualmente las condiciones

suya de cipres. Como por otros autores se sabe que la estatua de Diana de Efeso era de madera, es de presumir que Xenofonte solamente habló de los adornos que la cubrían.

Aventuro aquí la explicacion de un monumentito de oro, que se descubrió en el territorio de la antigua Lacedemonia, y que M. el conde de Cailus ha hecho grabar en el segundo volumen de su coleccion de antigüedades. El oro es de bajos quilates y con liga de plata; el trabajo grosero, y muy antiguo. Representa un bucy, ó mas bien un ciervo echado: los agujeros que tiene manifiestan que estuvo pegado á otro cuerpo mas considerable, y si se le quiere comparar á otras diferentes figuras de la Diana de Efeso, será tanto mas facil convencerse de que pertenecia á alguna estatua, por cuanto no pesa mas que una onza, un adarme y sesenta granos; que su mayor longitud es de dos pulgadas y dos lineas, y su mayor elevacion hasta la extremidad de los cuernos de tres pulgadas y una linea. Quizá fué llevado en otro tiempo á Lacedemonia; quizá adornaba alguna estatua de Diana; ó tambien la del Apolo de Amiclea, en la cual se habia gastado el oro que Creso envió á los Lacedemonios.

Creo que cuanto mas cargadas están de adornos las figuras de la Diana de Efeso, tanto mas modernas son. Su estatua no presentó desde el principio mas que una cabeza, brazos, pies y un cuerpo en forma de vaina. Se la aplicaron despues los simbolos de otras divinidades y sobre todo, los que caracterizan á Isis, Cibele, Ceres, etc.

Aumentándose el poder de la diosa y la devocion de los pueblos en proporcion de sus atributos, fué mirada por unos como imagen de la naturaleza productriz; por otros como una de las mayores divinidades del Olimpo. Su culto conocido mucho tiempo antes en algunos paises remotos, se extendió al Asia menor, á la Siria, y á la Grecia propiamente tal. Estaba en su mayor auge en tiempo de los primeros emperadores romanos, y entonces fué

del trato, se le conceden honores. Si el gasto, pasa de una cuarta parte, el tesoro público paga el exceso; pero si pasa de aquí, se cobra la demasia de los bienes del artista.

Vednos aquí en Mileto, admirando sus muros, sus templos, sus fiestas, sus fábricas, sus puer-  
tos, y este confuso conjunto de naves, de marineros, y de trabajadores agitados por un movimiento rápido. Esta es la mansion de la opulencia, de los conocimientos y de los placeres; esta es la Atenas de la Jonia. Doris, hija del Oceano, tuvo de Nereo cincuenta hijas, llamadas Nereidas, todas sobresalientes por sus gracias; Mileto ha visto salir de su seno mayor número de colonias que perpetúan su gloria sobre las costas del Helesponto, de la Propóntide, y del Ponto Euxino\*. Su metrópoli dió el ser á los primeros historiadores y á los primeros filósofos; se felicita de haber producido á Aspasia, y las cortesanas mas amables. En ciertas circunstancias la han obligado los intereses de su comercio á preferir la paz á la guerra, y en otras ha dejado las armas sin deshonrarlas; y de aquí viene el pro-

cuando adquiriendo otras divinidades un aumento de poder por los mismos medios, se concibió la idea de aquellas figuras Panteas, que se conservan todavía en los gabinetes, y reunen los atributos de todos los dioses.

\* Séneca atribuye á Mileto setenta y cinco colonias; y Plinio mas de ochenta.

verbio : los Milesienses fueron valientes en otro tiempo.

Hermosean lo interior de la ciudad los monumentos de las artes, y en las cercanías brillan las riquezas de la naturaleza. ¡Cuántas veces hemos guiado nuestros pasos hácia las márgenes del Meandro, que despues de recibir otros muchos rios y bañado los muros de muchas ciudades, se dilata en repetidas vueltas, por aquella llanura que se honra con su nombre y se adorna orgullosa con sus beneficios! ¡Cuántas veces, sentados sobre el cespéd que orla sus floridas riberas, rodeados por todas partes de pinturas encantadoras, no pudiendo saciarnos ni de aquel aire, ni de aquella luz, cuya suavidad iguala á su pureza, sentiamos que se introducía en nuestras almas una languidez deliciosa, y las echaba, por decirlo así, en una embriaguez de felicidad! Tal es la influencia del clima de la Jonia; y como las causas morales, en lugar de corregirla, han contribuido á aumentarla, los Jonios se han hecho el pueblo mas afeminado, y uno de los mas amables de la Grecia.

Reina en sus ideas, sentimientos y costumbres cierta morbidez, que es la delicia de la sociedad; en su música y bailes una libertad, que al principio incomoda, y al fin seduce. Los Milesienses han añadido nuevos atractivos al deleite, y el lujo de ellos se ha enriquecido con

sus descubrimientos : las fiestas numerosas los ocupan en su país, ó los llevan á los pueblos vecinos; los hombres se presentan en ellos con vestidos magníficos; las mugeres con adornos elegantes, todos deseosos de agradar. De aquí nace el respeto que tienen á las tradiciones antiguas que disculpan sus debilidades. Cerca de Mileto nos llevaron á la fuente de Biblis, donde esta infeliz princesa espiró de amor y de dolor: nos enseñaron el monte Latmo, donde Diana concedía sus favores al joven Endimion. En Samos los amantes desgraciados van á dirigir sus votos á los manes de Leóntico y de Radina.

Cuando se sube Nilo arriba desde Menfis hasta Tebas, se ven á los lados del rio muchos monumentos soberbios, y entre ellos se levantan por intervalos pirámides y obeliscos. Pues todavía es mas interesante el espectáculo que se ofrece al viagero atento que sube del puerto de Halicarnaso en la Dóride hácia el norte para ir á la península de Eritres. En este camino que por línea recta no tiene mas de novecientos estadios\*, se ofrecen á sus ojos muchas ciudades esparcidas sobre las costas del continente y de las islas vecinas. Nunca ha producido la naturaleza en tan corto espacio tanto número de talentos dis-

\* Cerca de treinta y cuatro leguas : (29 leguas y tres cuartos de España.)

tinguidos y de ingenios sublimes. Heródoto nació en Halicarnaso, Hipócrates en Cos, Tales en Mileto, Pitágoras en Samos, Parrasio en Efe-so\*, Xenófanes\*\* en Colofon, Anacreonte en Teos, Anaxágoras en Clazomene, Homero en todas partes; pues ya he dicho que el honor de haberle dado nacimiento excita grandes rivalidades en estos países. No he hecho mención de todos los escritores célebres de la Jonia, por la misma razón que hablando de los habitantes del Olimpo no se citan comunmente mas que los dioses mayores.

Desde la Jonia propiamente tal, pasamos á la Dóride, que hace parte de la antigua Caria. Gnido, situada cerca del promontorio Triopio, dió nacimiento al historiador Ctesias, como tambien al astrónomo Eudoxio, que ha vivido en nuestro tiempo. Al paso nos enseñaron la casa en que este último hacia sus observaciones. Un momento despues nos hallamos en presencia de la famosa Venus de Praxiteles, que está colocada en medio de un templo pequeño, que recibe la luz por dos puertas opuestas, para que una luz suave la ilumine por todas partes. ¿Cómo se podrá pintar la impresion de la primera mi-

\* Apeles nació tambien en este país; segun unos en Cos, y segun otros en Efeso.

\*\* Cabeza de la escuela de Elea.

rada; ni las ilusiones que la siguieron luego? Nosotros dábamos al marmol nuestros sentimientos, y le oíamos suspirar. Dos discípulos de Praxiteles, venidos recientemente de Atenas para estudiar esta obra maestra del arte, nos hacian notar bellezas, cuyos efectos experimentábamos, sin penetrar la causa. Uno de los circunstantes decia: «Venus dejó el Olimpo y «habita entre nosotros.» Otro: «si Juno y Minerva la viesen ahora, no se volverian á quejar «del juicio de Paris.» Otro: «la diosa se dignó «en otro tiempo mostrarse desnuda á los ojos «de Paris, de Anquiso y de Adonis: ¿apareció «del mismo modo á Praxiteles? Sí, respondió «uno de los discípulos, y en la figura de Friné.» En efecto, habíamos reconocido esta famosa cortesana al primer aspecto. Las facciones y el mirar son los mismos. Nuestros artistas descubrian al mismo tiempo la sonrisa encantadora de otra amiga de Praxiteles, llamada Cratina.

Así es como los pintores y escultores, tomando por modelo á sus damas, las han expuesto á la veneracion pública bajo los nombres de diferentes divinidades, y así es como han representado la cabeza de Mercurio copiando la de Alcibiades.

Los Gnidios se glorian de poseer este tesoro, favorable á un mismo tiempo á los intereses de su comercio y á los de su gloria. Entre los pue-

blos supersticiosos y apasionados á las artes, basta un oráculo ó un monumento célebre para atraer los extrangeros; y así es que muchos de ellos pasan frecuentemente los mares, por venir á Gnido á ver la obra mejor que ha salido de las manos de Praxíteles\*.

Lisis, que no podia apartar de ella sus ojos, exageraba su admiracion, y de quando en quando decia: nunca produjo la naturaleza cosa tan perfecta. ¿Y cómo sabeis, le repliqué yo, que entre el infinito número de formas que ha dado al cuerpo humano, no las hay que superen en hermosura á las que estais viendo? ¿Se han examinado todos los modelos que hay, ha habido y habrá? A lo menos convendreis, me respondió, en que el arte multiplica estos modelos, y que reuniendo cuidadosamente las bellezas esparcidas en diferentes individuos, ha encontrado el secreto de suplir el descuido irremisible de la naturaleza: ¿no se manifiesta la especie humana con mas esplendor y dignidad en nuestros obradores, que entre todas las familias de la Grecia? A los ojos de la naturaleza, le repliqué, nada hay hermoso, nada feo; todo está en el

\* Algunas medallas acuñadas en Gnido en tiempo de los emperadores romanos representan al parecer la Venus de Praxíteles. Con la mano derecha tapa la diosa su sexo, y en la izquierda tiene un lienzo sobre un vaso de perfumes.

orden. Poco le importa que de sus inmensas combinaciones resulte una figura, que presente todas las perfecciones, ó todos los defectos que nosotros señalamos en el cuerpo humano; su único objeto es conservar la armonia, que ligado con cadenas invisibles las menores partes del universo con este gran todo, las conduce plácidamente á su fin. Respetad pues sus operaciones; pues son estas tan elevadas, que la menor reflexion os descubrirá mas bellezas reales en un insecto, que en esta estatua.

Indignado Lisis de las blasfemias que yo echaba delante de la diosa, me dijo con viveza: ¿para qué son las reflexiones, cuando se ve el hombre forzado á ceder á unas impresiones tan vivas? Menos lo serian las vuestras, le dije yo, si estuvierais solo, y no tuvieseis interes, y sobre todo, si ignoraseis el nombre del artista. He seguido los progresos de vuestras sensaciones; os sorprendió la primera mirada, y os explicasteis como hombre de juicio; despues se han despertado en vuestro corazon memorias agradables, y habeis usado del lenguaje de la pasion, cuando nuestros jóvenes discipulos han explicado algunos secretos del arte, habeis querido exceder sus expresiones, y me habeis dejado frio con vuestro entusiasmo. ¡Cuánto mas digno de estimacion fué el candor de aquel ateniense que se halló por casualidad en el pórtico donde

se conserva la célebre Helena de Zeuxis! La miró por un rato, y menos sorprendido de la excelencia del arte, que de los éxtasis de un pintor que estaba á su lado, le dijo: á mí no me parece tan hermosa esta muger. Eso es porque no teneis mis ojos, respondió el artista.

Al salir del templo recorrimos el bosque sagrado, en donde todos los objetos son relativos al culto de Venus. Allí parece que reviven y gozan de una juventud eterna la madre de Adonis, bajo la figura del mirto; la sensible Dafné, bajo la del laurel; el bello Cipariso, bajo la del ciprés. Por todas partes la flexible yedra se asefuertemente á las ramas de los árboles; y en algunas la parra fecunda halla en ellos un apoyo favorable. Vimos debajo de los emparrados, protegidos por la sombra de plátanos soberbios, muchos grupos de gnidios, que despues de un sacrificio, tenian una comida campestre, y echaban con frecuencia en sus copas el delicioso vino que produce aquella afortunada comarca.

Cuando por la tarde volvimos á la posada, nuestros jóvenes discípulos abrieron sus cartapacios, y en los bosquejos que habian adquirido nos enseñaron los primeros pensamientos de algunos artistas célebres. Vimos tambien allí un gran número de copias de muchos preciosos monumentos, hechas por ellos, y en particular de la famosa estatua de Policlecto, que se llama el

Canon ó la Regla. Llevaban siempre consigo la obra escrita por este célebre artista para justificar las proporciones de su figura, y el tratado de la simetria y de los colores que acababa de publicar el pintor Eufranor.

Entonces se suscitaron muchas cuestiones sobre la belleza, ya sea universal, ya individual: todos la miraban como una calidad únicamente relativa á nuestra especie; todos convenian en que produce una sorpresa acompañada de admiracion, y que obra con mas ó menos fuerza, segun la organizacion de nuestros sentidos, y las modificaciones de nuestra alma; pero añadian, que no siendo la idea que se formaba de ella la misma en Africa que en Europa, y variando en todas partes segun la diferencia de la edad y del sexo, no era posible reunir sus caracteres en una definicion exacta.

Uno de nosotros que era médico y filósofo, despues de haber observado que las partes de nuestro cuerpo se componen de elementos primitivos, defendia que la salud resulta del equilibrio de estos elementos, y la belleza del conjunto de estas partes. No, dijo uno de los discípulos de Praxiteles, no llegaria á la perfeccion el que siguiendo servilmente las reglas, se atudiese solamente á la correspondencia de las partes, y á la exactitud de las proporciones.

Se le preguntó qué modelos se propone un

grande artista cuando quiere representar el soberano de los dioses, ó la madre de los amores. Los modelos, respondió, que él se ha formado en el estudio de la naturaleza y del arte, y que conservan, por decirlo así, en depósito todos los atractivos convenientes á cada género de belleza. Fijos los ojos en uno de estos modelos, intenta reproducirlos en su copia á fuerza de trabajo; la retoca mil veces; pone en ella ya el sello de su alma elevada, ya el de su imaginación risueña, y no la deja hasta haber repartido la magestad en el Júpiter de Olimpia, ó las gracias seductoras en la Venus de Gnido.

Aun queda en pie la dificultad, le dije yo, porque esos simulacros de belleza de que hablais, esas imágenes abstractas, en las que lo verdadero simple, se enriquece con lo verdadero ideal, nada tienen de fijo y uniforme. Cada artista las concibe y representa con rasgos diferentes. Luego la idea precisa de lo bello por excelencia no debe tomarse de medidas tan variables.

No hallándolo Platon en parte alguna exento de faltas y de alteracion, se elevó, para descubrirlo, hasta el modelo que siguió el ordenador de todas las cosas, cuando las sacó del caos. Allí se hallaban delineadas de una manera inefable y sublime \* todas las especies de los objetos

\* Véase el capítulo LIX de esta obra.

que caen bajo nuestros sentidos, todas las bellezas que el cuerpo humano puede recibir en las diversas épocas de nuestra vida. Si la materia rebelde no hubiera opuesto una resistencia invencible á la acción divina, el mundo visible poseería todas las perfecciones del mundo intelectual. A la verdad, las bellezas particulares no nos causarían mas que una impresión ligera, pues serían comunes á los individuos del mismo sexo y de la misma edad; pero cuánto mas fuertes y mas durables serían nuestras sensaciones á vista de aquella abundancia de bellezas, siempre puras y sin mezcla de imperfecciones, siempre las mismas y siempre nuevas?

En el día, nuestra alma, en que luce un rayo de luz emanado de la divinidad, suspira continuamente por lo bello esencial; busca los débiles restos de él, dispersos en los seres que nos rodean, y ella misma hace salir de su seno centellas que brillan en las obras maestras de las artes, y son la causa de que se diga que los autores y los poetas están animados de una llama celestial.

Admiraban unos esta teoría, y otros la combatían; hasta que tomó Filotas la palabra, y dijo: Aristóteles, que no se deja llevar de su imaginación, acaso porque Platon se abandona demasiado á la suya, se ha contentado con decir que la belleza no es otra cosa, que el orden

en la magnitud. En efecto, el orden supone la simetría, la conveniencia, y la armonía; en la magnitud están comprendidas la sencillez, la unidad y la magestad. Todos convinieron en que esta definición incluía casi todos los caracteres de la belleza, tanto universal como individual.

Desde Gnido fuimos á Milasa, ciudad principal de la Caria, que tiene un terreno fértil, muchos templos, algunos antiquísimos, todos de un hermoso mármol, sacado de una cantera inmediata. Estratónico nos dijo que por la tarde quería tañer la cítara en presencia del pueblo reunido, y no le apartó de su resolución nuestro huésped á pesar de haberle contado un lance ocurrido poco antes en otra ciudad del mismo cantón, llamada Iaso. Sucedió pues que se había juntado la muchedumbre á oír un tocador de cítara, y cuando estaba desplegando todas las habilidades del arte, anunció la trompeta la venta del pescado. Todo el mundo corrió al mercado, menos un ciudadano que era algo sordo. Habiéndose acercado el músico á él para darle gracias por su atención, y alabarle su gusto: — ¿han tocado ya la trompeta? le dijo el hombre. — Cierto. — Pues á dios, que me voy corriendo. Al día siguiente, hallándose Estratónico en medio de la plaza pública, que está rodeada de edificios sagrados, y no viendo al rededor de sí mas que un corto número de oyentes, se puso á gri-

tar con todas sus fuerzas: ¡Oídme, templos! y después de preludiar largo rato, despidió al auditorio. Esta fué la venganza que tomó del desprecio que los Griegos de Caria hacen de los grandes talentos.

Mas expuesto se vió en Cauno. El país es fértil, pero el calor del clima, y la abundancia de frutas ocasionan frecuentes calenturas. Estábamos admirados de ver tal multitud de enfermos pálidos y lánguidos como andaban por las calles. Púsosele á Estratónico en la cabeza citarles un verso de Homero, en que se compara el destino de los hombres con el de las hojas. Era esto en otoño, cuando amarillean las hojas. Como los habitantes llevasen á mal esta chanza, respondió: «yo no he querido decir que este lugar sea «enfermizo, pues veo que los muertos se pasean «tranquilamente.» Fué necesario partir inmediatamente, no sin reprender á Estratónico, que nos dijo riéndose que en una ocasión se le escaparon en Corinto algunas indiscreciones que fueron muy mal recibidas. Le miraba con atención una vieja, y él quiso saber por qué. Yo os lo diré, respondió ella: esta ciudad no puede sufriros un día en su seno; ¿como pudo vuestra madre llevaros por diez meses en el suyo?